

posee también algo de su poder. De lo contrario, la hubiera abandonado el Salvador.

Aun las asociaciones que se atribuyen falsamente el nombre de Iglesia, sienten el peso de esta verdad. Niegan los milagros, y, no obstante, quisieran darse la apariencia de poseer cosas extraordinarias. Comprenden muy bien que, sin la prueba decisiva del poder sobrenatural, no podría existir la fe en la Iglesia.

Pero con esto no queda dicho que todo cristiano posea necesariamente este poder, y haga necesariamente milagros. <sup>(1)</sup>

Sin embargo, lo incontestable es que todos los que hacen realmente milagros han obtenido para ello la fuerza de Dios por Jesucristo, y que la capacidad de obrar prodigios proviene de la unión viviente con Jesucristo como Jefe. Todos pueden hacer milagros, si juzga Dios á propósito concederles poder para ello. <sup>(2)</sup>

**5. Importancia de los milagros como acrecentamiento de gracias extraordinarias para la Iglesia y para los santos.**—Por consiguiente, razón tiene la Iglesia para conceder importancia á los hechos extraordinarios que se encuentran en la vida de los santos, y para gloriarse de ellos, dando gracias á Dios. Son ellos la prueba evidente, irrefutable, de que los santos, en cuanto miembros vivientes del cuerpo de Jesucristo, han recibido en sí el espíritu de Él, han obtenido una parte considerable de su poder, y han hecho pasar á su vida sus virtudes interiores y á la vez sus acciones extraordinarias.

En esto hay que buscar la verdadera importancia de lo milagroso en la vida de los santos. Los milagros son testimonio y recompensa de su santidad, <sup>(3)</sup> tanto para ellos como para la Iglesia de la cual forman parte.

Tras de lo que tantas veces hemos dicho, no hay necesidad de repetir que la santidad y la recompensa de la santidad son dos cosas completamente diferentes.

(1) Thomas, 2, 2, q. 178, a. 1, ad 1.—(2) Thomas, 3, q. 13, a. 2, ad 3.

(3) Thomas a Celano, *Vita S. Francisci*, 1, 8, 70.

No se cansan de enseñar los santos que no son los milagros los que hacen santos, sino únicamente las virtudes, y que el que busca cosas extraordinarias, corre grave riesgo de abandonar las vías ordinarias que conducen á la perfección, y, por el mismo hecho, la perfección misma.

El que desea visiones y éxtasis, el que se cree instrumento de Dios para cosas extraordinarias, no tiene necesidad de seductor, porque está ya suficientemente seducido por su imaginación perturbada y por su orgullo.

Cuando se examinan seriamente los supuestos hechos milagrosos, basta para rechazarlos comprobar que uno los desea, que los pide por medio de la oración, que les concede gran importancia, ó aun tan sólo que se ha tomado un trabajo especial para tener la prueba de su verdad. <sup>(1)</sup>

Porque los santos y las almas que aspiran realmente á la perfección ni siquiera pueden pensar en semejantes cosas. Virtudes reales es lo que piden. Si les tocan en herencia dones extraordinarios, los reciben como presentes inesperados de Dios, <sup>(2)</sup> y aun á veces, como dones no merecidos. Pero no se les ocurre la menor cosa para obtenerlos. Al contrario, temerían haber cometido un pecado, si realmente pensasen en ellos ó los desearan.

Pero Dios, liberal y bueno, piensa en lo que no se les ocurre á ellos. Cuanto más desinteresadamente le sirven, más se cuida de ellos. He aquí la razón por la cual prepara con frecuencia á sus elegidos dones completamente particulares.

La teología distingue entre la gracia y los dones de la gracia, por un lado, y las gracias extraordinarias, por otro. <sup>(3)</sup>

En efecto, estas dos categorías son completamente diferentes.

Los dones de la gracia son la condición preliminar in-

(1) Benedict. XIV, *Canonis*, 3, 52, 4, 5. Durandus, *De visionib.*, c. 11. Schram, *Myst.*, § 512.

(2) Cf. Besse, *Les moines d'Orient*, 508 y sig.

(3) Thomas, 1, 2, q. 111, a. 1, 4; 3, q. 7, a. 7.

dispensable para agradar á Dios, para ser santo y para merecer. Sin ellos, no podemos ni cumplir nuestros deberes sobrenaturales, ni esperar nuestro fin sobrenatural. De aquí que todo el mundo sin escepción tenga personalmente necesidad de ellos.

Las gracias extraordinarias se dan únicamente á algunos instrumentos particulares de la misericordia de Dios, solamente por modo transitorio, solamente para algunos casos particulares, <sup>(1)</sup> y esto no para utilidad personal de los que las reciben, sino para utilidad de otro.

Los honrados con estas gracias deben ser capaces de obrar más fácilmente sobre su prójimo, para facilitarle, ora la fe, ora los medios de conseguir su fin, en una palabra, para poder conducirle mejor á su salvación.

Los dones milagrosos son, pues, por su naturaleza, un medio de edificación, de exhortación y de consuelo para los hombres, <sup>(2)</sup> un medio que permite al cuerpo de Jesucristo, la Iglesia, procurar la salvación á gran número de personas y conducir á los fieles á la perfección. <sup>(3)</sup>

No hay duda de que los dones de la gracia y el amor de Dios son algo más importante que el don de lenguas, <sup>(4)</sup> de milagros y de profecías.

Sin embargo, las gracias extraordinarias se hacen notar más, y producen mucha más impresión que ellos. Éstos evitan la observación, en tanto que todo el mundo puede comprobar aquéllas. Los dones de la gracia forman parte de la vida cotidiana, mientras que las gracias extraordinarias son algo de raro, y hacen del que es digno de ellas el bienhechor de gran número de sus semejantes.

Justo es, pues, respetar las gracias extraordinarias, y considerarlas como una prueba de distinción particularísima por parte de Dios, lo que ciertamente son en realidad.

(1) Thomas, *C. Gent.*, 3, 154.

(2) I Cor., XIV, 3.

(3) Ephes., IV, 12. I Cor., XIV, 4.

(4) I Cor., XII, 31.

**6. Lo extraordinario como resultado de la santidad ordinaria, y como complemento de la actividad ordinaria de la Iglesia.**—Resulta de aquí que estas cosas extraordinarias tienen doble importancia, referente la una á los hombres perfectos y á los mismos santos, y la otra á la Iglesia de Dios en general.

Para los favorecidos por ellas, son á la vez prueba y recompensa de su santidad.

Pero para la Iglesia son, en parte, prueba de su verdad y de su santidad, y, en parte, medio de acción.

Como se ve, lo extraordinario no se presenta por modo tan repentino y tan inmediato como pudiera creerse.

Allí donde lo extraordinario no se apoya en lo ordinario, y no proviene de éste como por modo natural, ó bien hay que considerarlo como sospechoso, ó bien es una exageración malsana.

Ninguna sospecha podría alcanzar aquí á la vida de los santos y á la manera como la Iglesia concibe la perfección.

Cuanto por modo más inflexible nos indica ella las obligaciones que nos imponen nuestra fe y nuestra conducta, cuanto más se oye censurar que exige del hombre la obediencia y la fidelidad á los mandamientos, á fin de hacerle apto para realizar su empresa moral, más derecho tiene de hacer un llamamiento á lo que hay de extraordinario en la vida de sus miembros más celosos. Porque aquello de que más le censura el mundo orgulloso, es precisamente la mejor garantía de que estos hechos milagrosos tienen sana y sólida base.

Allí donde el hombre sigue sus propias vías, sin inquietarse de la ley de la tradición y de la comunidad, las cosas extraordinarias dan siempre que pensar. Pero allí donde provienen de personas obedientes que cumplen perfectamente sus deberes; allí donde existe la fidelidad á las cosas pequeñas, á las enojosas obligaciones de cada día; allí donde hay amor á la ley y á la unión con la comunidad; en una palabra, allí donde lo ordinario forma la base

de la perfección, como ocurre en la Iglesia, merecen á la vez crédito y confianza.

En este caso, lo extraordinario es, ó bien resultado de una santidad personal ordinaria, ó bien un medio destinado á auxiliar la actividad ordinaria de la Iglesia.

No vemos, pues, porqué se procede con tal desconfianza, por no decir con tal incredulidad y cólera, cuando se trata de cosas extraordinarias en la Iglesia.

Compréndase bien nuestro pensamiento. No queremos decir que haya que aprobar á cualquiera que ofrezca estas cosas, ni que deba creerse ciegamente todo acontecimiento de esta especie. No; nunca se usará de demasiada circunspección bajo este concepto, especialmente en tiempos como los nuestros, tan extraños á la verdad, á la seriedad y al árido cumplimiento del deber, y que, en cambio, muestran tanta inclinación personal por las extravagancias asombrosas.

En una materia en que la ilusión es tan fácil, y en que los espíritus más perspicaces y piadosos pueden cometer errores, se hará bien en usar de prudencia con relación á estos asuntos, prudencia justificada por el amor á la verdad.

Pero no se trata de esto. Alabamos á los que se arman de vigilancia contra lo milagroso cuando á ellos se refiere. Pero no felicitamos á los que acortan el brazo de Dios y quieren arrebatár á la Iglesia una de sus armas más maravillosas. No podemos aprobar tampoco á los que creen que estos acontecimientos han podido producirse en ciertas épocas, pero que hoy los tiempos y los hombres se oponen á su realización.

¿Quién habla así? Las mujeres—se dice.—Sí, mujeres son exclusivamente las que refieren semejantes cosas.

¿Cómo? ¿Mujeres? ¿Son esos seres débiles, esas mujeres que doman sus pasiones con energía, las que practican mortificaciones heroicas y sirven á Dios con fidelidad? <sup>(1)</sup>

No es ciertamente dirigirles un reproche el decir que

(1) Ribera, *Vita S. Teresae*, 1, 2, 37.

sólo ellas marchan por el camino de la perfección con seriedad viril. No hay que creer que sea una vergüenza para el Cristianismo llenar los vacíos producidos por desertores en las filas de hombres, con mujeres y vírgenes heroicas.

Por lo contrario, ¿no deberían los hombres avergonzarse de su debilidad, antes que insultar á las mujeres y menospreciar la enseñanza que Dios les da, mostrándose grande en los pequeños, y haciendo fuerte lo que es débil? <sup>(1)</sup>

Si ahí dentro no hay más que lo que es propio de la mujer, entonces, ¡vergüenza para el hombre!

Pero si es el poder de Dios, que no hace distinción alguna entre el hombre y la mujer, <sup>(2)</sup> entonces hay que callar.

«Que nadie se atribuya á sí mismo un don de Dios» <sup>(3)</sup> «Dios hace misericordia á quien le place», <sup>(4)</sup> y da á quien quiere dar. Y nadie tiene derecho á preguntarle por qué obra así.

Ha dado á los hombres el sacerdocio, la misión de predicar, la ciencia, la actividad pública, en una palabra, todo aquello sobre lo cual descansa la terminación del reino de Dios. Es esto ya para ellos honores, deberes y responsabilidades suficientes. ¿En qué los perjudica, si confía á las mujeres el cuidado de ornar á la Iglesia, dándoles, á este efecto, algunas joyas extraordinarias?

Tengamos, pues, cuidado de que la perfección ordinaria florezca en toda su pureza; con ello tendrá necesidad la Iglesia de menos cosas extraordinarias. Pero Dios tiene necesidad tanto mayor de servirse de éstas para ejecutar sus designios relativos á nuestra salvación, cuanto que menos posibilidad de cumplir su misión ordinaria tiene su Iglesia.

Porque, cuando la otra objeción dice que los tiempos

(1) Raimund., *Vita S. Cath. Sen.*, 2, 1, 122.—(2) Col., III, 28.

(3) Hebr., V, 4.

(4) Rom., IX, 18.

no son propios para tales cosas, creemos que hay en ella muy mala inteligencia. Tiempos en que la violencia y el desencadenamiento de todas las seducciones casi arrebatan á la Iglesia la libertad de sostener sus leyes, de educar á los sacerdotes según sus miras, de expulsar de su seno á los indignos, de llenar de su espíritu los conventos y poblarlos de tropas escogidas, tiempos en que los hombres no tienen ya lazo alguno con la Iglesia, en que sólo algunos Nicodemus se deslizan todavía en la oscuridad cerca de Jesús; tiempos en que los servidores del santuario se ven corroídos por el miedo, y no saben más que callarse y seguir las inspiraciones de la prudencia de la carne; tiempos en que la fe es despreciada, en que la adhesión á la Iglesia se ha convertido en objeto de mofa, y la mortificación y la piedad seria en cuentos de viejas, nos parecen precisamente que son tiempos en que Dios debe venir en auxilio de su Iglesia con dones extraordinarios.

Cuanto más oprimido y reducido es el reino de Dios, como en los días de sus primeras pruebas, y esto no sin culpa nuestra, más conformes son con la época los efectos extraordinarios del poder divino.

Cada año que nos acerca al fin de los tiempos, nos hace ver más claramente que tenemos necesidad de grandes santos y de milagros.

**7. Guerra entre los santos y el milagro.**—Con sólo que volviesen los santos, aparecerían los milagros por sí mismos, aunque no tienen en manera alguna nada que ver con ellos.

Porque ocurre con los milagros lo que con el honor. El honor es la sombra de la virtud; el milagro es la sombra de la santidad.

La sombra huye delante de quien la persigue, y se aferra á los pasos del que huye de ella. Puede decirse que lo milagroso persigue á los santos, para recompensarlos por evitarlo con tanta solicitud.

Uno de los rasgos más curiosos de la vida de los santos es la extraña guerra que existe entre ellos y los milagros.

Nuestros sabios, que todavía aquí se rigen por sus favoritos, los brahmanes y los budistas, creen sin duda que los santos practicaban ayunos tan rigurosos sólo para debilitarse y embrollar sus ideas, á fin de provocar el éxtasis. <sup>(1)</sup>

Lo que hay en esto de verdad es que los santos comprendieron que, con una vida muelle, nada podrían hacer de extraordinario. En cuanto al reproche que se les dirige de haber ayunado para provocar visiones celestes, no les alcanza en manera alguna.

Los ermitaños del desierto vivieron en la penitencia más rigurosa; esto no ofrece duda alguna, pero, aun para ellos, era el ayuno una práctica secundaria que interrumpían sin escrúpulo. Á menudo comían y bebían fuera de las horas reglamentarias, á fin de ejercer los deberes de la hospitalidad, <sup>(2)</sup> y para evitar el singularizarse; y aun lo hacían para no ser favorecidos por ningún don extraordinario de Dios en presencia de personas extrañas. <sup>(3)</sup>

Esto no prueba precisamente que hayan querido crearse una situación extraordinaria con sus mortificaciones.

Las medidas de precaución, á veces exageradas, que tomaban para preservarse de las visiones y revelaciones, así como la resistencia que les oponían, prueban la poca importancia que concedían á todo esto.

Ciertamente, no podemos aprobar la conducta de algunos de ellos que llegaron hasta rechazar apariciones, aunque fuese Jesucristo quien se les apareciese, garraspeando alto, ó por otros medios de desprecio, <sup>(4)</sup> ó á quienes Dios ha debido castigar para obligarles á someterse á semejantes comunicaciones, como ocurrió con Santa Coleta <sup>(5)</sup> y con Angela de Foligno. <sup>(6)</sup> Pero, en todo caso, no han de-

(1) Tylor, *Primitive Culture*, (4), I, 445 y sig.; II, 410 y sig. En alemán, *Anfänge der Kultur*, I, 439; II, 411 y sig.

(2) *Vitæ Patrum*, 3, 53; 5, 4, 26; 13, 10.—(3) *Ibid.*, 5, 12, 11.

(4) Salmantic., *Mor. tr.*, 20, c. 6, 14-21. Scaramelli, *Myst.*, tr. 3, n.º 43, tr. 4, n.º 56. Schram, *Myst.*, § 507, *Schol.* 2. Gœrres, *Mystik*, IV, II, 317.

(5) Stephan. Juliac., *Vita S. Coletæ*, 5, 31; 12, 112.

(6) Arnaldus, *Vita B. Angelæ Fulgin.*, 10, 142.

jado la menor duda de que, en el fondo de su corazón, no deseaban semejantes favores. Posible es que, en lo que hacían para evitar lo milagroso, traspasasen la justa medida como Jonás; pero estos errores nos ofrecen excelente aspecto, ya que nos hacen ver lo poco que los santos deseaban las cosas extraordinarias.

Por lo contrario, toda su conducta nos muestra que encuentran muy poco agradable esta tenacidad del milagro en perseguirlos.

Y la razón es fácil de comprender.

Desde luego, tienen miedo de engañarse. Después son atormentados por la responsabilidad que cada favor de Dios les impone.

Si piensan en Dios, se espantan, porque conocen el precio elevado á que deben pagar cada una de sus preferencias. En lo que personalmente les concierne, temen que esto no perjudique á su alma. Además, lo que pueden esperar de parte de los hombres, no es propio para hacerles desear lo milagroso.

**8. Aprobación de los santos por las persecuciones de los hombres.**—Este último punto es quizás lo que hay de más sensible para los servidores de Dios. Pero, para el mundo, es en verdad la prueba más convincente de su sinceridad.

Si hubiesen tenido intención de engañar, pronto la hubieran desechado, á causa de los tratos que el mundo, y con mucha frecuencia los que los rodeaban, les hacían sufrir.

Osanna de Mantua fué calificada por su padre y los médicos de histérica, de epiléptica, y tratada en consecuencia. <sup>(1)</sup> Lo mismo ocurrió con Armella Nicolás. <sup>(2)</sup> Los teólogos y los directores espirituales decían otro tanto de Santa Rosa de Lima. <sup>(3)</sup> Santa Catalina de Ricci se vió tratada del mismo modo por sus compañeras. <sup>(4)</sup> Isabel de

(1) Hieron. Olivet., *Vita B. Osannæ*, 1, 2, 26; 4, 40.  
 (2) Armella Nicolas, *Schule der Liebe Gottes*, 61.  
 (3) Hansen, *Vita S. Rosæ Lim.*, 12, 171; 15, 215.  
 (4) Bayonne, *Vie de S. Cath. de Ricci*, I, 99 y sig.

Schönau fué considerada por las suyas como víctima de las astucias del demonio. <sup>(1)</sup> Tanto se repitió esto á la bienaventurada Bartolomea Bagnesia, que acabó por creer que todo no era más que imaginación, disimulo y engaño. <sup>(2)</sup> Con relación á Santa Lidivina, el cura hasta llegó á orar públicamente en la iglesia para que volviese de sus errores. <sup>(3)</sup> Coloma de Rietti fué arrastrada mucho tiempo por el fango como histérica y loca, <sup>(4)</sup> lo que todavía no pareció suficiente á un sabio lector de su Orden, quien la declaró poseída del demonio en castigo de sus pecados. <sup>(5)</sup>

Igualmente se hizo pasar por poseída á Cristina Mirabilis, á la que se encadenó para que el malvado espíritu no pudiese dañar por su mediación. <sup>(6)</sup> Catalina de Racogni fué perseguida como bruja y herética. <sup>(7)</sup> Toda la vida de San José de Cupertino está llena de sufrimientos que soportó de parte de la Inquisición, de sus superiores y de sus compañeros; dicha vida nos refiere cómo fué arrastrado de ciudad en ciudad, y de prisión en prisión, para quitarle sus ganas de volar y caer en éxtasis. Salvador de Horta debió igualmente pagar muy caros sus milagros, pues fué apaleado, desterrado, privado de toda relación con los hombres, y destinado finalmente á la cocina para fregar los platos. «Allí—decían—podrá hacer todos los milagros que quiera, en medio de sus potes y cacerolas». <sup>(8)</sup>

Se comprende que Cristina Stumbelen, que no fué mejor tratada, dijese en cierta ocasión, con amarga ironía, que más le hubiese valido ser una pecadora pública, que un alma á la que Dios perseguía sin cesar con sus milagros. <sup>(9)</sup>

Nadie negará que estos tratos defienden á los santos de

(1) *Vita B. Elisab. Schonaug. Prolog.*, 3, 9.  
 (2) Campi, *Vita B. Barth. Bagn.*, 5, 35, 36.  
 (3) Brugmann, *Vita S. Lidwinæ*, I, 11, 124; II, 2, 9, 134 y sig.  
 (4) Sebast. Perusin., *Vita B. Columb. Reat.*, 13, 115, 121.  
 (5) *Ibid.*, 11, 95.  
 (6) Thomas Cantiprat., *Vita B. Christ. Mirab.*, 1, 9; 2, 17.  
 (7) *Vie de la B. Cath. de Racogni* (Paris, 1865), 67, 69, 123 y sig.  
 (8) Dima Serpi, *Vita B. Salvatoris*, 11, 86 y sig.  
 (9) *Vita anonyma B. Christ. de Stumb.*, 1, 5; 2, 16.